

## Todo abuso debería ser castigado

Víctor Olguín Loza

Cierto día, viajaba en el Metro con mi hijo Filio. Era hora pico y hacía calor. Yo iba hundido en mis pensamientos y él se había acomodado en el asiento más próximo a la puerta. Filio atravesaba por ese momento en el que los niños de pronto se desatan de los tediosos delectos y se les da la lectura de corrido.

En el supermercado leía todos los letreros de los departamentos y la mayoría desencadenaba un interminable interrogatorio sobre su significado y 'por qué'. Si subíamos a un autobús, de inmediato empezaba: "Pise con cuidado", "No distraer al operador", "Favor de no escupir ni tirar basura", "Evite sacar las manos o la cabeza por las ventanillas".

Todos los días usamos el Metro, y días antes se había entusiasmado siguiendo en el diagrama los nombres de las estaciones a medida que las pasábamos. Luego, remató leyendo y repasando letreros como "Señal de Alarma. En caso de peligro jale la palanca. Todo abuso será castigado", el que dice "Para su seguridad, en esta unidad contamos con guardias vestidos de civiles" y algunos anuncios de mayonesa, desodorantes y cursos de inglés.

Ahora se entretenía mirando las caras absortas de los pasajeros.

En una estación abordó una señora que jaloneaba y regañaba a su niña. Los ojos avivados de mi hijo se clavaban en la cara encolorizada de la mujer y en la expresión angustiada de la hija. La madre pareció saberse evidenciada y quizá eso la intimidó, pues con jalones aún más fuertes y susurrando algunas amenazas con los dientes apretados, trataba de acallar el llanto inminente de la pequeña. "Ya cállate, por favor, Pao" le dijo mientras le daba varias sacudidas. Resultó contraproducente: en pocos segundos los agudos berridos llamaron la atención de todos en el vagón. La señora intensificó los maltratos; ahora imprecaba con enérgicos insultos, pellizcos y amenazas a Pao. Aquello pronto se convirtió en una tortura pública. Filio ponía redondos los ojos cuando se fijaba en la mujer; y su expresión era de dolor cuando miraba a la niña.

La escena se prolongó durante un rato. Estábamos llegando a nuestro destino cuando mi hijo se levantó decidido y jaló la palanca de Señal de Alarma.

Como si hubieran despertado, los pasajeros reaccionaron al unísono dando voces. El tren se detuvo de inmediato. Entre la escandalería comenzaron los empujones hacia la puerta. Se escuchó una sirena y la voz del conductor en las bocinas: "Señores pasajeros, conserven la calma, por favor. Salgan en orden cuando las puertas se abran. Favor de evacuar el tren sin empujarse. Hay una emergencia pero..."

## Taller Literario Barrio Antiguo

El griterío no permitió escuchar lo demás. Se abrieron las puertas y la barahúnda sólo se detuvo frente a la taquilla, al ver las puertas de la estación cerradas. Filio y yo salimos casi los últimos; cuando íbamos en las escaleras dos guardias vinieron a nuestro encuentro, porque algunos dedos nos señalaban.

En el interrogatorio expliqué varias veces lo acontecido. Llegaron los bomberos, la policía, la Cruz Roja y al parecer el servicio del Metro se interrumpió más de una hora en toda la línea, hasta que se aclararan las cosas. Mi hijo estaba asustado.

Nos trasladaron a la Delegación de Policía donde opté por decir que yo había activado la señal de alarma por accidente. Pagué la multa para que no me encerraran.

De regreso a casa, venía indeciso sobre qué decir a mi hijo y cómo hacerlo. En fin, me limité a explicarle: "Esas palancas no se deben tocar". Él pareció asentir, pero no dijo nada. Llegábamos a casa cuando habló como si también él hubiera batallado intensamente para expresar lo que le venía quemando la garganta.

-Esos letreros dicen puras mentiras -sentenció.

Su afirmación me intrigó.

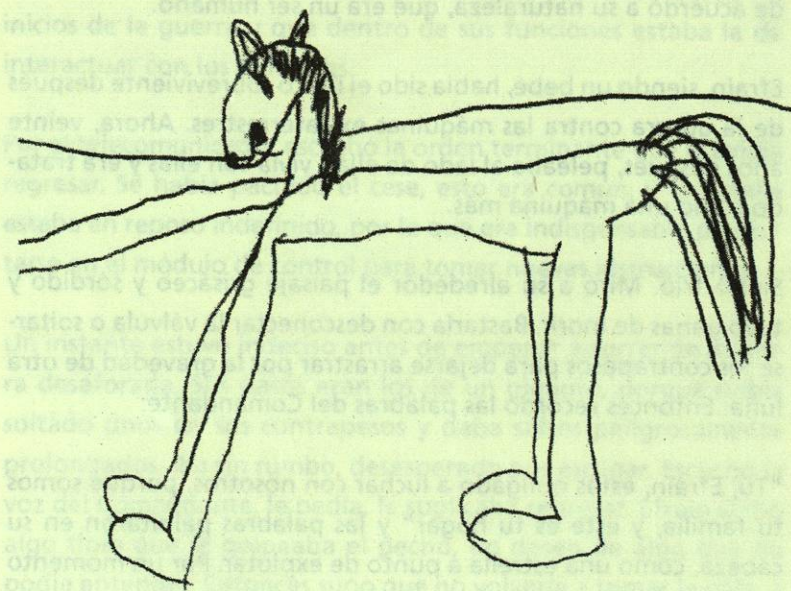
## Taller Literario Barrio Antiguo

-¿Por qué lo dices?

-Porque el letrero decía "Jale la palanca en caso de peligro" y la niña ya llevaba mucho rato en caso de peligro.

Intenté explicarle, pero él remató.

-Ahí decía que todo abuso será castigado y a la señora nadie la castigó: ni los guardias vestidos de civiles, ni la policía, ni los bomberos, ni la Cruz Roja. ¿O a poco no era un abuso?



## Manipulación

Arturo González Ríos

El soldado supo que no tenía caso regresar. De cualquier forma el proyecto había fracasado. Soltó la pala aniquiladora y abandonó la batalla. No fue hacia el módulo como ordena el procedimiento. Caminó unos pasos hacia el poniente y se detuvo. El paisaje desolado era testigo de su derrota. La luz pálida y trémula procedente de la luna enfermiza le golpeó el rostro. Esta vez no se culpó de los errores, después de todo comprendió que actuaba de acuerdo a su naturaleza, que era un ser humano.

Efraín, siendo un bebé, había sido el único sobreviviente después de la guerra contra las máquinas extraterrestres. Ahora, veinte años después, peleaba al lado de ellas, vivía con ellas y era tratado como una máquina más.

Sintió frío. Miró a su alrededor el paisaje grisáceo y sórdido y tuvo ganas de morir. Bastaría con desconectar la válvula o soltarse los contrapesos para dejarse arrastrar por la gravedad de otra luna. Entonces recordó las palabras del Comandante:

"Tú, Efraín, estás obligado a luchar con nosotros, porque somos tu familia, y este es tu hogar" y las palabras palpitaron en su cabeza, como una estrella a punto de explotar. Por un momento pensó en regresar al módulo y hablar con el Comandante, decirle

que estaba cansado de la guerra, pedirle que le asignara otras funciones, que lo congelaran por un tiempo; pero sabía perfectamente que no existía esa posibilidad.

Cuando había tiempo, o cuando las máquinas no estaban calibradas y la batalla se retrasaba, Efraín gustaba de ir con el Comandante, hablar con él, escucharle. El Comandante era una máquina con características muy sofisticadas, era capaz de transmitir información con un lenguaje sensitivo. No eran datos concretos, tampoco especificaciones técnicas, ¡no!, su habla se mostraba expresiva y casi podía asegurarse una intención detrás de cada farsa, un sentimiento. El soldado sabía que el Comandante era un modelo discontinuado, que se había fabricado desde los inicios de la guerra y que dentro de sus funciones estaba la de interactuar con los humanos.

Por el telecomunicador escuchó la orden terminante que le exigía regresar. Se había pactado el cese, esto era común, y la batalla estaba en reposo indefinido, por lo que era indispensable presentarse en el módulo de control para tomar nuevas instrucciones.

Un instante estuvo indeciso antes de empezar a correr de manera desaforada. Sus pasos eran los de un gigante, porque había soltado unos de sus contrapesos y daba saltos peligrosamente prolongados. Iba sin rumbo, desesperado por escapar. Escuchó la voz del Comandante, le pedía, le suplicaba regresar. Efraín sintió algo tibio que le golpeaba el pecho, un deseo de algo que no podía entender. Entonces supo que no volvería a tomar la pala, a luchar contra las máquinas, o a favor de ellas; que ya no tendría

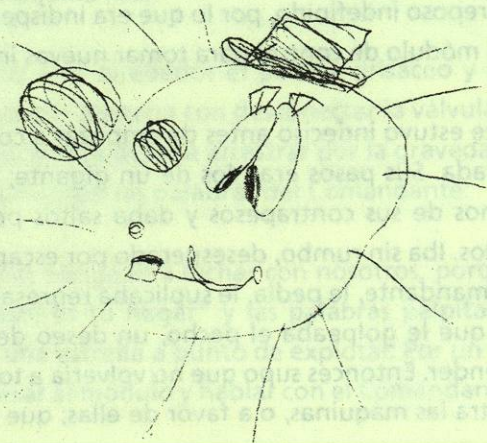
que dormir en los cajones que le resultaban demasiado estrechos, o actuar de acuerdo a la secuencia de instrucciones que le habían obligado a memorizar desde que era un niño.

Su respiración agitada, el escaso oxígeno que aún quedaba en la reserva, lo obligaron a detenerse. Asido a una roca, exhausto, sin esperanzas, escuchó:

"Hijo, regresa a casa, soy tu madre y estoy preocupada, te lo suplico; ten consideración de mí".

Esta era una de las tantas voces que utilizaba el Comandante para manipular a Efraín.

Una segunda luna, verde olivo, asomó por el horizonte, era más grande que la primera y más luminosa. El soldado liberó los contrapesos, se desprendió de la roca y se alejó lentamente... hasta perderse en la oscuridad.



## Coincidencias

Sabina Martínez

La noche estaba insoportablemente calurosa como todas las del mes de abril. En el interior de aquel bar el aire acondicionado confortaba los cuerpos calientes. Una joven se acercó a la mesa que ocupaba la pareja recién llegada. Él, un hombre maduro vestido de oficina; su acompañante, una joven mujer en informal pantalón de mezclilla. —¿Qué van a tomar? Por un instante María dudó, el calor obligaba a ordenar algo refrescante, quizá una cerveza, pero no, todavía no alcanzaba a asimilar su atrevimiento al estar ahí con aquel hombre, bueno... sólo iban a hablar, eso fue lo que él dijo "Cuando necesites hablar con alguien sólo llama", pero no podía engañarse, sabía que sentía algo por él y era peligroso mezclar su cercanía con alcohol, así que se oyó decir —Limonada en agua mineral, por favor —mientras él pedía una bebida común: —Brandy con agua mineral. Por un momento pensó que lo escucharía ordenar alguna bebida extraña, cara o sofisticada... quizá no era tan especial, después de todo.

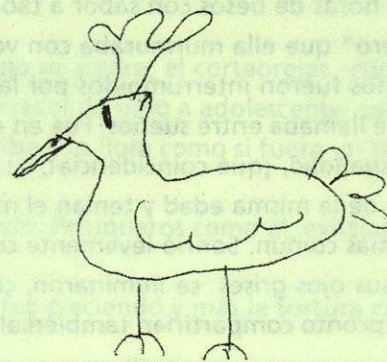
Hacia un año que lo trataba por cuestiones de trabajo y no sabía casi nada de él, excepto su edad y que estaba casado, pero no quería pensar en eso, no quería arruinar ese momento en el que estaban ahí los dos juntos en aquel rincón del bar, hablando de cualquier cosa mientras esperaban sus bebidas, que si a ella le gustaba leer, que sí, él alguna vez lo hizo pero ahora ya no tiene tiempo, etc. Al fondo del bar un grupo musical cantaba *Almohada* María hubiera preferido *Coincidir* "...soy vecino de este mun-

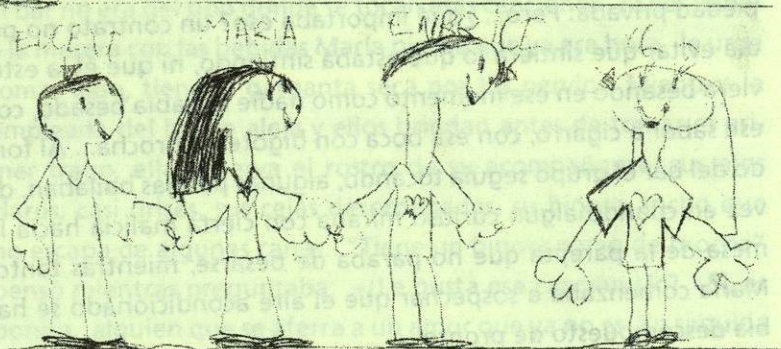
do por un rato y hoy coincide que también tú estás aquí...”, pero el bar no era del tipo donde se tocan esas canciones. Al ver llegar a la mesera con las bebidas María piensa que ya era hora, le urge tomar algo, tiene la garganta seca por los nervios. Mientras la empleada del bar se aleja y ellos brindan antes de tomar el primer trago, ella observa el rostro de su acompañante, sus ojos claros, casi grises, sus cejas desordenadas, su bigote ancho que no escapa de algunas canas. “Tiene un bigote como de brocha” pensó mientras preguntaba: –¿Le gusta esa canción Lic? –Sí, es bonita, alguien que se aferra a un amor que ya no es. En seguida comenzó a hablar de mercadotecnia, de un amigo experto en la materia, bla, bla, bla...

María escuchaba y balbuceaba alguna respuesta, tratando de parecer interesada en el tema, mientras pensaba: “¡Que diablos me importa a mí la mercadotecnia, ni los hábitos de consumo de las masas!, ¡Háblame de ti!, ¡Háblame de mí!, ¡Dime si es que tú sabes que es lo que me pasa contigo!, ¿Por qué te sueño, por qué pienso tanto en ti, por qué me gustas, si viéndote bien, ni siquiera estás tan guapo?, ¿Dime si tú sabes por qué no puedo ser yo misma cuando te tengo cerca, por qué me vencen los nervios cuando te veo, cuando escucho tu nombre, cuando oigo tu voz?¿Por qué no puedo olvidar aquel beso que nos dimos en tu oficina? Tú debes de saber, supongo que tienes mucha experiencia, dime...” De pronto, su mano y su boca le dieron todas las respuestas, su lengua le dijo sin hablar lo que ella quería saber, se besaron interminablemente, una y otra vez, con algunos descansos para tomar aire y compostura, en esos momentos ella tomaba una de sus manos y la acariciaba tímidamente, el anillo que llevaba puesto

la intimidaba en cierto modo, era una argolla que indicaba propiedad privada. Pero... ¿qué importaba eso? un contrato no podía evitar que sintiera lo que estaba sintiendo, ni que él la estuviera besando en ese momento como nadie la había besado, con ese sabor a cigarro, con esa boca con bigote de brocha... Al fondo del bar el grupo seguía tocando, algunas parejas bailaban, de vez en cuando algún curioso miraba con cierta malicia hacia la mesa de la parejita que no paraba de besarse; mientras tanto, María comenzaba a sospechar que el aire acondicionado se había descompuesto de pronto.

Mario se dirigió al baño dejando abierta la puerta que comunicaba con la recámara, –después de la rutina de la convivencia de años ya no hay mucho qué ocultar detrás de las puertas, así que, ¿Para qué cerrarlas?– Desde el baño podía ver en la recámara a su joven esposa –13 años menor que él– quien dormía plácidamente. Procurando no hacer ruido se desvistió y entró a la regadera, no quería despertarla ni justificarse por haber llegado hasta esas horas de la madrugada. Mientras el agua recorría su cuerpo refrescándolo, recordaba su conquista del día de hoy. Franca-





mente ya pensaba desistir, había creído que María nunca vencería su timidez, que no se decidiría dadas las circunstancias, así que optó por la salida de la amistad fingida "Si no quieres nada conmigo, si no quieres darte la oportunidad de vivir lo que sentimos, quiero que sepas que acepto tu decisión y que en mí tienes un amigo desinteresado, que puedes llamarme cuando quieras. Para ti siempre tendré tiempo. Cuando necesites hablar con alguien háblame, dejo lo que esté haciendo para ir a verte..." Y ahora acababa de dejarla en su casa después de haber intercambiado horas de besos con sabor a tabaco, suspiros y algunos "te quiero" que ella murmuraba con voz entrecortada... Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de María, su esposa, quien le llamaba entre sueños. Fue en ese momento que pensó en la casualidad, ¡qué coincidencia!, su mujer y su nueva conquista eran de la misma edad y tenían el mismo nombre, un nombre de lo más común. Sonrió levemente con una sonrisa un tanto cínica y sus ojos grises se iluminaron, como siempre que sonreía, quizá pronto compartirían también al mismo hombre...

## El peluquero

Juan Manuel Carreño

*Para Felicitas Zapata y Ricardo Martínez Cantú*

No puedo matar al peluquero. No a mi peluquero. Tanto que batallé para encontrarlo, para ahora tener que deshacerme de él.

Me llamo James Durante y soy asesino por contrato.

Realizo mi trabajo con eficiencia y discreción. La víctima sólo se da cuenta de lo sucedido hasta que alguien se acerca a verle extrañado diciendo:

—¡Pero este hombre no respira!

Sólo he tenido tres peluqueros en mi vida. Eso de cortar el pelo es sumamente delicado; la buena presentación comienza con un excelente corte de cabello y eso no cualquiera lo hace.

El primero lo eligió mi padre; el cortaorejas —como le decía con aprecio—, me vio crecer de niño a adolescente; cuando murió llevé flores a su tumba y lo lloré como si fuera un tío muy cercano.

Me sentía desvalido. Peluqueros como él, existían pocos.

La mata de pelo fue creciendo y más la tortura cada treinta días

## Taller Literario Barrio Antiguo

cuando alguien mal podaba mi cabeza. Los amigos me sugerían visitar una estética y ponerme en manos de esa gente –homosexuales y lesbianas–, mas no insistían al ver mi enojo.

Hasta que encontré a Paul. Era un hombre joven, 35 años de edad, estatura media y complexión delgada.

Tomaba mi cabeza con autoridad y hacía que mi pelo temblara en sus manos antes de entregar su vida a la navaja. Sólo tenía un defecto –virtud para su gremio–, era un conversador de siete suelas. Lo que no sabía lo inventaba y callarlo era menos que imposible. Tanto me mareaba que una vez esperé a que saliera del negocio para irse a casa. Lo miré de frente y antes que comenzara con su perorata, le dije con semblante duro:

–Le pagaré el doble, si cada vez que ocupe sus servicios, usted no me dirige la palabra–. Se quedó como pasmado; a continuación intenté una sonrisa y agregué: –¿Me haría ese favor?

En la visita siguiente sus compañeros se extrañaron del silencio de este peluquero. Así duramos tres años hasta que la muerte se interpuso en su camino, en la forma de un camión urbano.

Ni su esposa le lloró tanto. Claro que para evitar suspicacias me situé a 50 metros de donde se realizaba su funeral, llorando ante una tumba extraña.

Y nuevamente comencé mi peregrinar en busca de otras manos experimentadas. Parecía que todos los peluqueros visitados eran

## Taller Literario Barrio Antiguo

primerizos y que se entrenaban con el primer ingenuo que caía en sus manos, incluso estuve a punto de matar a algunos de ellos, al mostrarse muy ufanos de su mal trabajo.

Entonces encontré a don Servando. A sus 50 años era todo juventud y amoroso padre de una hija; dos veces divorciado y abuelo de cuatro nietos que eran su gran adoración. Tenía el tacto de los grandes peluqueros –trabajo heredado de su padre como me lo dijo en alguna ocasión. Era conferencista nacional y dictaba cursos para profesionales del cabello aunque, confesó, a veces se sentía cansado de tanto ajetreo.

Viajar en exceso, de un lado para otro, desgasta el cuerpo –aseguraba.

–¿Cómo lo quiere? ¿Estilo ruso, griego o italiano?

Al mirar mi semblante serio, dijo:

–Déjeme hacer a mí. Si no le gusta, no paga.

Y comenzó una vistosa faena en la cual el pelo cortado saltaba como confeti, mientras platicaba de sus viajes por Europa. Al terminar me mostró el espejo de mano.

–Véase usted mismo –exclamó orgulloso.

Sonreía como si hubiera tenido sexo gratis con Miss Universo. ¡Quedé maravillado! ¡Había encontrado a mi peluquero!

## Taller Literario Barrio Antiguo

Aun así, al poco tiempo de nuestra relación, le pedí como un favor muy especial que hiciera su trabajo en silencio. Si él hubiera dicho que eso era imposible lo hubiera aceptado como inevitable, porque a artistas de su talla se le puede pasar todo. Le sonreí y en mi sonrisa había súplica.

Me miró muy serio. Luego se disculpó diciendo que no había ningún problema, y que si él entablaba conversación con sus parroquianos era porque ellos así lo pedían.

Con el paso del tiempo le cobré un aprecio enorme, y aunque sólo hablaba el silencio cuando lo visitaba, intuía que él también sentía estimación por mi persona.

Y ahora esto.

Richard –mi socio–, me mostró su foto donde el peluquero abrazaba a una mujer rubia bien formada y cuarentona.

–Este es el sujeto –dijo–. La señora es la esposa de nuestro cliente y amenaza con dejarlo en la calle al quitarle sus negocios. Ella se llama Rosseta Maranzano y es gerente ejecutiva de las agencias “Universal de Viajes”, con sucursales en tres ciudades.

Le miré en silencio. Una sensación de frío y calor invadió mi cuerpo.

–Hay diez de los grandes depositados en la cuenta –mostró la ficha–. El cliente lo quiere muerto antes de 24 horas. Me dio el

## Taller Literario Barrio Antiguo

folder donde venía la información más pertinente.

El corazón se estrujó en mi cavidad torácica. No podía permitírmelo. Un peluquero como él ni en cien años me lo encontraría. Mi socio seguía hablando sin que yo escuchara sus palabras. Tendría que volver a buscar y buscar y buscar para que cualquier barbero experimentara conmigo. Sentí desolación. Allí fue cuando escuché la frase que me decidió a actuar con rapidez.

–El peluquero planea cerrar su negocio para manejar las agencias de la amante.

Salí de la oficina hecho un basilisco. Mi cabeza era una olla de emociones encontradas.

Y ahora aquí estoy. Son las nueve de la noche. La futura víctima sale del negocio y camina al estacionamiento. Sigo sus pasos y preparo el arma; se introduce en su auto. Al acercarme me sonrío con extrañeza; tengo un papel en mi mano.

–Habrà de disculparme –digo y acciono el gatillo.

La bala perfora su tersa frente iniciando el sangrado de inmediato:

Guardo la pistola y me alejo cabizbajo. Lamento la suerte de mi peluquero.

Ahora queda libre para seguir haciendo su trabajo.



## Cuento de fantasmas

**Leticia Damm de Gorostieta**

La primera vez que papá se me apareció era media noche. Debí despertarme su presencia, pues al abrir los ojos lo vi sentado al pie de la cama, mirando atento al televisor. Aunque estaba a mis espaldas, no me pregunté quién era. La ondulada melena entrecana que caía sobre su nuca lo delataba.

Cuando se volvió, su gesto era tan natural que esperé algún comentario sobre las noticias; pero no lo hizo. Como continuando una charla interrumpida, me recomendó que no trabajara tanto. No tuve tiempo para reflexionar en lo insólito de su presencia. Como si no mediaran diez años de dolorosa ausencia, le hablé de mis pasatiempos y luego de la familia, iniciando un diálogo que vino a poblar mi soledad.

Desde esa noche aparecía a todas horas, sin anunciarse. Al encontrarme sola, charlábamos de todo y de nada, de libros y noticias, como antes de que muriera. Si estaba presente la familia, se quedaba contemplando con ternura a mis hijos y nietos para luego esfumarse; también sin avisar. Sólo yo lo veía.

El consuelo de sus visitas restañó poco a poco las heridas de tantas pérdidas, la orfandad de interlocutores con quienes abordar las reminiscencias de mi niñez y mi juventud.

A falta de hermanos con quienes compartir la reconfortante rutina de sus visitas, resolví no decirle a nadie; pero ayer ocurrió algo tan asombroso, que decidí escribir esto para que no me tachen de senil si llego a revelar mi secreto sin querer: hace unos días llegó de visita la hija de una antigua vecina y ¡también lo vio!

Sin embargo, ella no tuvo la experiencia grata y balsámica que yo había tenido: lanzó un grito de pánico y salió corriendo. Me volví hacia él en busca de una explicación. No lo encontré, ni ha vuelto a aparecer desde entonces; pero sigo esperándolo. Pre-siento que volverá. ¡Tiene que volver!

Quisiera poder comunicarme, acelerar su regreso, prometerle que no preguntaré nada.

Ya descubrí la causa de su huida (debe haberse de asustado tanto como la visitante). Recuerdo que en mi niñez, durante las ausencias de mamá, él abandonaba su despacho para hacer tardadas composturas en casa de Benita, la vecina, a quien ingenuamente siempre consideré una inútil.

¡Ay, papá, quién lo hubiera imaginado!